

EL CASO VENEZUELA, TREINTA AÑOS DESPUÉS

Naím y Piñango coinciden en la necesidad de que las élites del país asuman plenamente su responsabilidad histórica y eviten emplear nociones tales como «responsabilidad» o «prudencia» como excusas para no correr riesgos.

En el marco del quincuagésimo aniversario de la fundación del IESA y el vigésimo aniversario de la creación de la revista *Debates IESA* fue organizado, con la participación del periodista César Miguel Rondón como conductor, un encuentro con Moisés Naím y Ramón Piñango, autores y editores de *El caso Venezuela: una ilusión de armonía*, libro publicado por Ediciones IESA en 1984.

César Miguel Rondón: Considero conveniente conversar sobre la relación que pudiese existir entre el pasado y el presente. En 1984, cuando se publica el libro *El caso Venezuela: una ilusión de armonía*, el país padece las secuelas del llamado «viernes negro». De forma abrupta termina el sueño de poseer la moneda más sólida del mundo. Cinco años después nos toca enfrentarnos al «Caracazo». Tengo algunas preguntas: ¿cómo concibieron originalmente el libro? ¿Por qué se fijaron en unos especialistas y en otros no? ¿Qué intención los llevó a trabajar en ese proyecto?

Ramón Piñango: Hubo un grupo de empresarios venezolanos que asistieron a un programa de verano en la Universidad Harvard. Allí conocieron a un profesor interesado en escribir un caso acerca de Venezuela, para luego discutirlo con sus alumnos, tal como se discute en una escuela de gerencia el caso de una compañía. De regreso al país, algunos de estos empresarios visitaron el IESA para plantear una réplica de la experiencia. El patrocinador del proyecto, Empresas Polar, por intermedio de Eduardo Quintero, apoyó el método sugerido por nosotros. Nos concentramos en seleccionar los temas, identificar los autores y fijar las instrucciones de trabajo. La principal exigencia fue que, sin renunciar al rigor

académico, todos los textos debían estar redactados en un lenguaje accesible al lector no especializado; en otras palabras, nada de jergas. Contactamos a los autores, entre ellos expertos en empresas del Estado, fuerzas armadas, educación, salud y otras áreas. Se cumplió el lapso para la recepción de los textos. Moisés y yo los revisamos y sacamos nuestras conclusiones, que quedaron plasmadas en el capítulo final del libro. Esa es la historia.

Moisés Naím: En ese tiempo, Ramón y yo estábamos convencidos de que la armonía que había prevalecido en Venezuela era falsa, irrisoria. Cuando nos planteamos la estructura del libro nos interesaba indagar, por ejemplo, qué tenían en común el sistema de salud pública con la agricultura, la educación con las fuerzas armadas, la cultura con la macroeconomía o el sector privado.

Al final del estudio lo que encontramos fue un país que vivió un cambio extraordinario, uno de los más acelerados y veloces del mundo. Para tener una idea del asunto, la economía del «milagro alemán» había crecido cuatro por ciento anual, mientras que la economía venezolana creció al siete por ciento durante 23 años seguidos. En ese período, aumentó de manera sostenida el número de estudiantes universitarios, el número de camas de hospitales, el número de ciudades con más de veinte mil habitantes, el número de empresas, el número de agencias bancarias. Todo se aceleró.

Este fenómeno tan prolongado nos llamaba mucho la atención, porque, desde el punto de vista sociológico, ninguna sociedad puede cambiar tanto, y tan rápido, sin ver surgir en su seno conflictos, revoluciones, insurrecciones, rivalidades. Al contrario de lo que cabía esperar, en Venezuela durante ese tiempo no hubo

conflictos sociales. Ello nos llevó a preguntarnos: ¿de dónde viene esta armonía que, en teoría, no debería existir? La respuesta la escribimos, por supuesto, en el capítulo final: el petróleo.

El petróleo hizo posible un cierto estilo de decisión, extendió una fianza que cubría los costos sociales del proceso de desarrollo. El exceso de dinero permitió evitar choques y postergar conflictos. El procedimiento consistió en darles a todos todo lo que pedían todo el tiempo. Este modo de actuar impidió la creación de instituciones especializadas en la solución de conflictos.

El que vive de ilusiones

Rondón: ¿Cómo está Venezuela 31 años después de *El caso Venezuela*?

Piñango: En los últimos quince años se exacerbó la creencia básica del «hay para todos y todo es posible». Sobran los ejemplos: desde el saneamiento del río Guaire que serviría de balneario hasta la construcción de un gasoducto hasta la Patagonia.

Cuando Moisés y yo redactamos el capítulo final destacamos que la armonía nacional estaba prendida con alfileres o, peor aún, pegada, como se dice coloquialmente, con saliva de loro. Hacía falta desarrollar los mecanismos sociales de solución de conflictos. Había que fortalecer las diferentes instancias del sistema

la creencia en que nuestra sociedad cuenta con árbitros capaces de dirimir conflictos. Esta circunstancia puede llevarnos, en pocos meses, a experimentar una constatación terrible. Pero no quiero adelantarme tanto...

Rondón: ¿Qué año representa el verdadero punto de quiebre de la ilusión de armonía? ¿1983? ¿1989? ¿1992?

Naím: El punto de quiebre tiene relación con varios fenómenos: la caída de los precios internacionales del petróleo, el descrédito de los partidos tradicionales, la miopía intelectual de las élites, que no llegaron a apreciar el incremento de la pobreza, y la fragmentación política. Los medios de comunicación retrataban conflictos importantes en el sector empresarial, los sindicatos, las universidades, las fuerzas armadas. El país carecía de las instituciones y de los hábitos para solucionar, de una manera sensata, tantos problemas.

Es un lugar común argumentar que el presidente Chávez tuvo el tino de hacer de la desigualdad económica y social el principal punto de preocupación. Es cierto, la Venezuela de los ochenta y noventa era muy desigual. Pero si Chávez hubiera tenido absoluta razón, y la desigualdad fuese el único factor relevante para el análisis, ¿cómo se explica que sociedades mucho más desiguales que la venezolana, por ejemplo, la chilena, la colombiana o la brasileña, campeona

Naím: « El petróleo hizo posible un cierto estilo de decisión, extendió una fianza que cubría los costos sociales del proceso de desarrollo. El exceso de dinero permitió evitar choques y postergar conflictos. El procedimiento consistió en darles a todos todo lo que pedían todo el tiempo. Este modo de actuar impidió la creación de instituciones especializadas en la solución de conflictos»

judicial y robustecer los concejos municipales. Hoy estamos pagando la ausencia de árbitros institucionales.

No faltará quien diga que tuvimos una Corte Suprema de Justicia capaz de destituir a un presidente. Sin embargo, esa Corte nunca gozó de una credibilidad unánime e indiscutida. Para muchos carecía de independencia. Y ese es el problema de fondo: en Venezuela nunca tuvimos una real separación de poderes. La gravedad de la actual situación se exagera porque no tenemos árbitros. De hecho, existe la posibilidad de que por estos días estemos sustituyendo la vieja ilusión del caso Venezuela, es decir, la armonía, por otra nueva:

del mundo en desigualdad, no pasaron por lo mismo? De ser totalmente cierta la hipótesis de que el problema venezolano se reducía a la desigualdad económica, entonces otros países vecinos, con problemas más agudos de injusticia, exclusión y desigualdad, debieron haber padecido mucho antes que nosotros estallidos sociales y políticos.

Rondón: Vamos a recapitular. En un momento específico de la historia contemporánea, el pegamento institucional, la «saliva de loro» de la que nos habló Ramón Piñango, empieza a ceder. Uno de los puntos más polémicos llegó cuando el presidente Carlos Andrés Pérez fue



Moisés Naím

defenestrado por vía judicial. Aún hoy se cuestiona la transparencia del fallo. Algunos plantean la tesis de una confabulación de diversos sectores: capitanes de medios de comunicación, directivos de partidos políticos (incluidos dirigentes de Acción Democrática, el partido de gobierno) y empresarios descontentos con las políticas de apertura comercial. En ese contexto, la colectividad dirige la mirada hacia el fenómeno político de Hugo Chávez, quien ya estaba ganado para la estrategia electoral de acceso al poder planteada por Luis Miquilena. Insisto: ¿dónde estuvo el verdadero punto de ebullición?

Piñango: Las tensiones sociales se exacerbaban. El aparato político estaba funcionando mal. Hubo toda una manipulación con la Corte Suprema de Justicia para sacar a Carlos Andrés Pérez del poder. En las élites del país bullía el descontento por las medidas de apertura económica aplicadas por técnicos y economistas del gabinete ministerial. La caída de popularidad del presidente Pérez se interpretó como una oportunidad para torcer el rumbo de las reformas.

No vengan, pues, las élites venezolanas a decir ahora que fue un problema del pueblo. Fueron las élites quienes no

Fotografía: cortesía de Moisés Naím

asumieron plenamente su responsabilidad social e histórica. No se trata de defender aquí la gestión ni el estilo de liderazgo de Carlos Andrés Pérez, pero ciertamente se vivía una confluencia de procesos complicados. Es muy difícil identificar una sola causa del agravamiento de la crisis. Se fueron sumando diversas circunstancias que colapsaron al país, y llegó Hugo Chávez Frías para aprovecharlas y capitalizarlas electoralmente.

Rondón: Me viene a la memoria *La rebelión de los naufragos*, de la periodista Mirtha Rivero. El libro es un extenso reportaje sobre los años que precedieron al chavismo. En sus páginas se lanzan unos cuantos dardos muy certeros, y no quisiera desaprovechar la presencia de Moisés Naím, exministro de Carlos Andrés Pérez, para preguntarle su opinión acerca de lo relatado en la obra de Mirtha Rivero.

Naím: Aún hoy, cuando analizo los acontecimientos de febrero del año 1989, sigo perplejo. Es cierto que quienes estábamos en el gobierno incurrimos en errores importantes; pero hubo una desproporción entre nuestras fallas y las consecuencias negativas de las medidas.

La Venezuela de finales de los años ochenta era un país cuyos principales sectores no estaban dispuestos a apoyar un proceso de reforma; entre otras razones, porque no lo consideraban necesario. Recuerdo que en el marco del ajuste de febrero de 1989 los ministros del área económica tuvimos varias sesiones de trabajo con diferentes sectores. Ninguno de nuestros interlocutores entendía realmente la grave situación que atravesaba el país. La gente tenía la ilusión de que era posible continuar con un modelo de gestión basado en la abundancia petrolera; una abundancia de divisas que ya en ese momento no existía. En medio de la debacle, había una oportunidad de modernizar al país y su economía, eliminar la discrecionalidad, madre de la corrupción, y aumentar la competitividad. Es muy posible que el gobierno de Pérez haya errado en la forma de aplicar las medidas, pero también existe la posibilidad de que la sociedad venezolana de ese tiempo solo tenía interés en hablar de más de lo mismo.

No se olviden de los incentivos

Rondón: Ramón Piñango habla de unas élites irresponsables y Moisés Naím describe a un país que se negaba a aceptar el fin de los tiempos de abun-

dancia, el fin del «tá'barato, dame dos». Sale Carlos Andrés Pérez del poder. Llega la presidencia de Ramón J. Velásquez y después el segundo mandato de Rafael Caldera, período casi de transición. Tal fue el contexto histórico en el cual irrumpe la candidatura de Hugo Chávez Frías, quien ofrece refundar el país. Todos los revolucionarios padecen de ese complejo de Adán...

Piñango: Hubo debilidad institucional en el ámbito público y también en el privado. En la actualidad, se han puesto de moda las expresiones «bachaqueo» y

Naím: «Hoy la recuperación de la percepción de armonía luce muy difícil, porque significa que diferentes grupos de la sociedad acepten hacer las paces con sectores que les producen aprensión. Incluso, se percibe mucho odio. Un país dividido tiene un futuro poco esperanzador»

«bachaqueros»; pero estos términos no expresan realidades auténticamente novedosas. Desde hace larguísimo tiempo se ha venido «bachaqueando». En el pasado, por ejemplo, hubo empresarios «bachaqueros» y cámaras gremiales que se prestaron al «bachaqueo». Puedo mencionar el «bachaqueo» que hubo con los créditos de la Corporación Venezolana de Fomento: unos empresarios pagaban comisiones para obtener financiamientos que luego no honraban ante el Estado. Ahora resulta que un sector elitico está descubriendo el «bachaqueo» de los pobres, cuando muy poco, si algo, dijo del «bachaqueo» de los ricos.

Naím: El asunto del «bachaqueo», tanto el ejecutado por las mayorías como el de las élites empresariales, responde a una estructura de incentivos. Los empresarios se aprovecharon de los préstamos de la Corporación Venezolana de Fomento, más que por ser corruptos, porque existían incentivos para hacerlo, además del clima de impunidad para los insolventes.

Hay personas que adoptan un criterio moralista o culturalista al explicar la corrupción y la impunidad. Prefiero pensar, en cambio, que las personas se comportan de acuerdo con el sistema de incentivos existente en una sociedad. Cuando el gobierno permite una diferencia de tasas de cambio que oscila entre 6,30 y 700 bolívares por dólar produce los incentivos para que se multipliquen los negociados y las corruptelas. No es un asunto cultural o moral.

Piñango: Moisés señala los peligros de entrar en un discurso moralista. Acepto

su recomendación, entre otras cosas, porque en el fondo coincido con su punto de vista. El fenómeno del «bachaqueo» es muy buena señal. ¿En qué sentido? En el sentido de que, dado los actuales incentivos, el «bachaqueo» expresa una conducta racional por parte de la gente más humilde. Hace un tiempo apareció la noticia de que en el estado Zulia algunas maestras habían optado por subcontratar, de su bolsillo, a suplentes, pues la actividad de «bachaquerías» les permitía sufragar ese costo y, además, hacerse de un ingreso extra al percibido por el ejercicio de su profesión. La conducta de estas

maestras zulianas es, en términos microeconómicos, totalmente racional, porque ellas, al igual que el resto del país, tratan de sobrevivir en un contexto de alta inflación y sueldos míseros. Y allí es donde está el punto: dado los bajísimos salarios, la conducta verdaderamente irracional sería no «bachaquear». De hecho, si aquí nadie «bachaqueara» yo sería el primero en decir: «Vámonos de Venezuela. Aquí no somos racionales».

Corrupción sin democracia

Naím: Quisiera hacer un comentario acerca de Hugo Chávez como fenómeno electoral. Es verdad lo que dijo Ramón acerca de la extrema debilidad institucional de la Venezuela de 1998. Sin embargo, sería mezquino no reconocer que Hugo Chávez fue en vida un político extraordinario. En América Latina casi ningún líder puede emular su habilidad mediática, que se potenciaba al calor de otros rasgos personales: intuición política, falta de escrúpulos, empatía y conocimiento del mundo militar. Cuando uno piensa en ese país de 1998, sumido en una profunda crisis, hay que señalar que hubo un elemento de suerte —o de mala suerte— con la aparición de un líder carismático de características excepcionales. Desde mi perspectiva, tuvimos muy mala suerte.

Piñango: Comparto la tesis de la llegada de un líder excepcional, pero la matizo con la siguiente observación: la llegada de Chávez se produjo en el contexto de un inmenso vacío institucional. Y si bien

reconozco en Chávez a un gran comunicador y dirigente carismático, a veces me pregunto qué suerte habría tenido de no haber contado con la gran chequera petrolera. ¿Hubiese tenido Chávez la misma popularidad con un petróleo a ocho dólares, como le tocó a Rafael Caldera en su segundo gobierno? Nunca tendremos la respuesta para esta pregunta.

Rondón: En una oportunidad Gonzalo Barrios llegó a decir que en Venezuela, dada la gran impunidad, no había razones para no robar. Con el paso del tiempo, el problema se ha agravado. ¿Habrá alguna manera de atenuar la corrupción? Digo, porque por allí se nos están yendo cantidades mil millonarias de dólares.

Naím: Por supuesto que sí. La solución es muy conocida. Se llama «democracia», se llama «instituciones de pesos y contrapesos», se llama «sistema judicial confiable»... Los actuales montos de la corrupción tienen mucho que ver con la desaparición de los pesos y los contrapesos. Si uno repasa la historia puede apreciar que Venezuela no era más corrupta que Brasil, no era más corrupta que México, no era más corrupta que Argentina. Existía una Contraloría General de la República con actuaciones esporádicas, espasmódicas; pero algo hacía. En la actualidad ni siquiera existe esta especie de consuelo. El corrupto está convencido de la impunidad de su acción delictiva; circunstancia que ha llevado a la exacerbación que vivimos actualmente, de robos de cantidades macroeconómicas. Cuando comparamos el presente con el pasado encontramos que los escándalos

Piñango: «En Venezuela nunca tuvimos una real separación de poderes. La gravedad de la actual situación se exagera porque no tenemos árbitros»

de corrupción de la era democrática eran por montos ridículos, irrisorios. Hoy hablamos de miles de millones de dólares embolsillados. En resumen, la corrupción existe en todos los países y la solución es la democracia.

Rondón: Tengo una pregunta para Ramón Piñango: ¿las élites habrán entendido lo sucedido en Venezuela los últimos 16 años? ¿Los militares lo habrán comprendido? ¿Incluso los ciudadanos habrán cobrado conciencia de la historia reciente?

Piñango: Tengo importantes dudas.

Rondón: ¿Por qué?

Piñango: Porque no veo un esfuerzo de las élites de oposición de aprovechar la racionalidad dominante. No entienden al país sino a partir de explicaciones culturalistas. Toda la culpa la tiene el pueblo, porque tiene todos los vicios y ninguna virtud. Hay una recriminación constante contra el venezolano común, que hace fácil augurar que la oposición no llegará muy lejos. Usted no puede liderar a un colectivo al que desprecia. De hecho, nadie puede liderar a alguien que desprecie. Tiene que haber, por parte del líder, un reconocimiento del valor del seguidor, de su realidad, de lo necesario de su aporte para construir algo valioso. Venezuela pide un liderazgo político dispuesto a escuchar, a tolerar puntos de vistas diferentes. Es una tarea urgente. Lo que viene para el país es durísimo. Creo, de hecho, que aún no hemos visto lo peor. Estamos a muy pocos meses de ver lo peor.

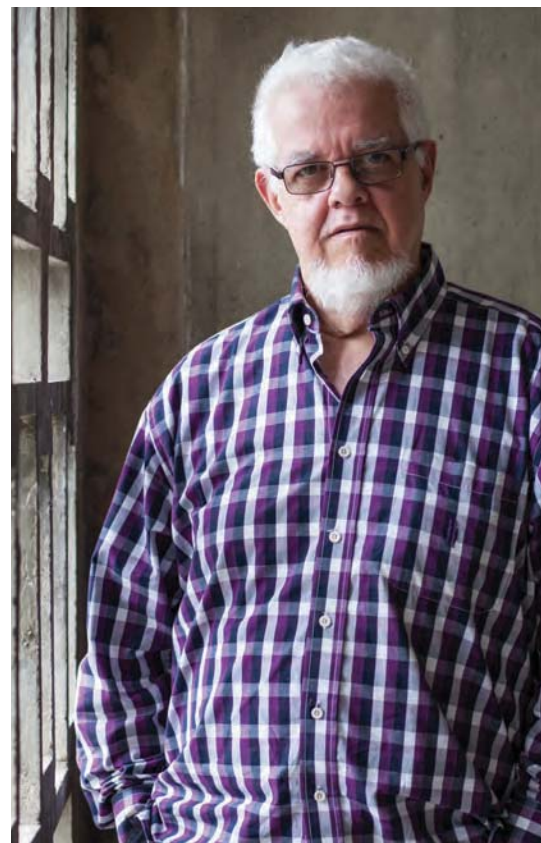
Rondón: El futuro que describe exige un liderazgo valiente, de mucho peso moral e intelectual.

Piñango: Tiene que ser un liderazgo dispuesto a correr riesgos.

Rondón: Hace unas semanas en mi programa hice un foro sobre el manejo del dinero en la cotidianidad. Entrevisté a dos expertos: la economista María Inés Fernández y el profesor Carlos Jaramillo. La conclusión fue tan sencilla como aterradora: los venezolanos deberán prepararse para ser pobres por muchos años. Le pregunto al autor de *El fin del poder*,

Moisés Naím, ¿dónde puede encontrar este país desbaratado el liderazgo que le permita avanzar con una visión prospectiva de unas cuantas décadas?

Naím: Es una pregunta que no tiene respuestas fáciles. La situación es insostenible. Cabe la posibilidad de que empeore, pero también de que a partir de determinadas medidas se revierta la tendencia actual. Las magnitudes alcanzadas por la inflación y la escasez, más la inseguridad, hacen muy difícil suponer que no vaya a pasar nada. Por lo tanto, resulta un pronóstico fácil vaticinar que esto no es sostenible.



Ramón Piñango

Otro pronóstico fácil, y sustentado en mis investigaciones para *El fin del poder*, es la imposibilidad de adivinar los nuevos liderazgos. Los líderes aparecen en los lugares más impredecibles, más improbables. En mi libro echo mano de la idea de los «micropoderes» para describir a los líderes emergentes, que logran enfrentarse con éxito a los poderes tradicionales, a los megajugadores de siempre. Por ejemplo, el 4 de febrero de 1992 el teniente coronel Hugo Chávez encarnaba un «micropoder». Nadie lo conocía antes del golpe militar. Apareció repentinamente y con el tiempo se transformó en una potencia que, a su vez, constituyó un «macropoder» que cambió a Venezuela. Es razonable pensar que en el futuro inmediato aparezcan en Venezuela otros «micropoderes», un elenco de personajes que nadie conoce aún, por provenir de ambientes de poca repercusión pública, pero con las habilidades de liderazgo indicadas para sacar a Venezuela de este atolladero. Además, la dimensión de la crisis exige que la sociedad se aferre a la esperanza de conseguir la armonía entre sus miembros.

Si tuviésemos que escribir un libro que explique lo sucedido en el período posterior a la publicación de *El caso Venezuela* bien pudiera llamarse, en un

juego de palabras, «El ocaso de Venezuela». Venezuela ha sido derruida de muchas maneras. Hoy la recuperación de la percepción de armonía luce muy difícil, porque significa que diferentes grupos de la sociedad acepten hacer las paces con sectores que les producen aprensión. Incluso, se percibe mucho odio. Un país dividido tiene un futuro poco esperanzador. Hace falta un grado superior de convergencia, de capacidad para trabajar juntos, de buscar soluciones colectivas. Recuperar al país con una sociedad de divisiones exacerbadas será muy difícil. Nuestro problema radica, precisamente, en que ha sido la exacerbación del conflicto, la ruptura de la armonía social, lo que le ha posibilitado al chavismo construir un sistema de gobierno, no así un país en calma, sin problemas de gobernabilidad.

Lo que tenemos actualmente en Venezuela es un gobierno que está saqueando al país, con la complicidad de sus socios y jefes cubanos. Un gobierno que apela al conflicto permanente y a la satanización de quienes no piensan como ellos, a partir de técnicas propagandísticas extraídas de la peor tradición autoritaria del siglo XX.

Los militares también juegan

Rondón: ¿Qué papel pueden tener los militares en la superación de la actual crisis?

Piñango: Desconozco el mundo militar. No sé qué está pasando allí. Ahora bien, me niego a creer que todo sea armonía. Me resisto a pensar que sea una isla en relación con el resto del país. «Repugna a la razón», para decirlo con una frase muy empleada en los libros de religión de cuando estudié bachillerato.

Naím: En cuanto al tema militar, pienso que sería de gran utilidad analizarlo a la luz de la estructura de incentivos. El gobierno de Maduro y sus asesores cu-

banos entienden a los militares como la amenaza más importante para el objetivo de retener el poder y proseguir con el saqueo. Los militares son quienes tienen los fusiles, los cañones y los aviones. Por lo tanto, tener el control del estamento militar es una prioridad interna para Nicolás Maduro y una prioridad externa para el gobierno de Cuba, que teme que un golpe militar ponga una administración que no le siga regalando petróleo. Por consiguiente, cabe suponer que el gobierno cubano debe estar dedicando sus mejores talentos de espionaje e inteligencia policial a garantizar que en las fuerzas armadas venezolanas no haya disidencias, subversiones ni conspiraciones.

Piense por un momento como un oficial. Si usted no muestra un gran fervor revolucionario, si no está dispuesto a gritar consignas chavistas en los desfiles castrenses, si no coopera en la entrega de información, usted probablemente será enviado a una remota guarnición, donde hay poca comida y no hay muchos fusiles. Si, por el contrario, es un admirador del régimen, que aplaude cada vez que aparece un político chavista o un dirigente cubano, usted y sus familiares serán entonces remunerados, gratificados, financiados y subsidiados. Por supuesto que deben existir militares indignados, ofendidos, humillados, que sufren por estar de rodillas frente a una fuerza extranjera, con la connivencia de unos líderes venezolanos ocupados en expoliar al país. Pero es muy poco lo que pueden hacer, porque en este momento están siendo controlados con la mejor tecnología represiva de un Estado policial, como el de Cuba, con medio siglo de experiencia.

Piñango: Lo que quiero comentar, y tal vez tenga alguna afinidad con el tema militar, es la urgencia histórica de que las élites no sigan evadiendo la realidad. Deben ser más valientes. ¡Cómo es posible que frente a la tragedia de nuestra economía, caracterizada por alta inflación, escasez y pérdida del poder adquisitivo, la única ocurrencia de

algunas cámaras privadas sea echarle la culpa de la crisis a Dólar Today!

Más que prudencia de las élites del país noto un deseo de no meterse en líos. El miedo en las actuales circunstancias es una gravísima irresponsabilidad. Espero de las élites de este país que dejen de evadir la realidad y asuman responsabilidades.

Rondón: ¿Cuál es la palabra que mejor define el actual estado de cosas?

Piñango: «Caos» es la palabra más cercana. Una de mis mayores preocupaciones es la inseguridad. La delincuencia se está consolidando como un poder emergente en la sociedad venezolana. Me sorprende que muy pocos analistas señalen las implicaciones de la actual tendencia de los grupos delictivos a agruparse en megabandas, controlar territorios e imponer cobros de vacunas y rescates. Estas bandas, quién lo duda, forman parte ya del sistema nacional de poderes, de la dinámica del poder. A esto se agrega el drama de la economía nacional. Ante este cuadro, surge la inevitable pregunta: ¿es posible comenzar la recuperación del país con este régimen? La respuesta para mí es obvia: no.

Naím: Quizá, para retomar el origen de esta actividad, el trigésimo primer aniversario de la publicación de *El caso Venezuela: una ilusión de armonía*, diría que sin la participación de los mejores, sin el activismo de todos, toda tarea de reconstrucción será más difícil. Hay que votar en diciembre y cada vez que se pueda. Hay que luchar por la democracia. Puede sonar ingenuo, pero no hay otra alternativa.

Rondón: ¿Qué dice Ramón Piñango?

Piñango: También creo que hay que votar en las parlamentarias. Las parlamentarias constituyen un formidable supuesto, una hipótesis, y hay que luchar para hacerla realidad. ■

TIROS EN LA CARA: EL DELINCUENTE VIOLENTO DE ORIGEN POPULAR

ALEJANDRO MORENO, ALEXANDER CAMPOS, MIRLA PÉREZ Y WILLIAM RODRÍGUEZ



0212-555.42.63 / 44.60
ediesa@iesa.edu.ve

El delincuente venezolano ha cambiado y las causas sociales que generan la violencia se han profundizado. *Tiros en la cara*, una obra del Centro de Investigaciones Populares, analiza con métodos novedosos (como entrevistas a los propios delincuentes) esta tragedia nacional y ahonda en el sistema de significados de la familia popular venezolana.

